

ETIMOLOGÍA, ESTILO Y AUTORIDAD. LUGONES Y SUS INTERVENCIONES SOBRE LENGUAJE EN LA NACIÓN DE BUENOS AIRES (1928-1935)

ETIMOLOGIA, ESTILO E CONTROLE. LUGONES E AS SUAS INTERVENÇÕES SOBRE A LÍNGUA EM LA NACIÓN, BUENOS AIRES (1928-1935)

Diego BENTIVEGNA*

<https://orcid.org/0000-0002-6315-1768>

Resumen: Nos centramos en un cuerpo de notas sobre cuestiones de lenguaje dadas a conocer por el escritor argentino Leopoldo Lugones en los años veinte y en los años treinta del siglo XX. Se trata de un conjunto de escritos que Lugones, figura determinante en el campo intelectual argentino de la época, publica en las páginas del diario *La Nación* de Buenos Aires desde comienzos de los veinte hasta su muerte, en 1938. Pensamos esas intervenciones sobre lenguaje ordenándolas en dos grandes series que se superponen: una primera en la que predomina un paradigma etimológico y una segunda en la que domina una mirada puesta sobre la norma y sobre el estilo. Entendemos ambas series como articulaciones de una voluntad de intervenir en la definición de una lengua legítima argentina (con proyecciones americanas) y en los debates que atraviesan esa definición, con hitos como la fundación en 1923 del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires. Sostenemos que esta voluntad de intervención articula un programa hermenéutico (centrado en una nueva lectura del canon nacional), un programa filológico (que apela a la apropiación de saberes provenientes de los estudios sobre el lenguaje con el fin de determinar una lengua legítima) y un programa político: el de la construcción de una “Nueva Argentina”, sobre la base de un paradigma de jerarquía y control, que supone como componente sustancial un ordenamiento y un disciplinamiento de las lenguas.

Palabras clave: Autoridad, Lengua, Filología, Estilo, Norma, Prescripción.

Resumo: O artigo analisa um corpo de notas que versam sobre questões linguísticas lançadas pelo escritor argentino Leopoldo Lugones nas décadas de 20 e 30 do século XX. Trata-se de um conjunto de escritos que Lugones, figura preeminente no campo intelectual argentino da época, publicou nas páginas do jornal portenho *La Nación* desde o início dos anos 20 até sua morte em 1938. Pensamos nessas intervenções sobre a linguagem ordenando-as em duas grandes séries que se sobrepõem: uma primeira em que predomina um paradigma etimológico e uma segunda em que domina um olhar posto na norma e no estilo. Entendemos ambas séries como articulações de uma vontade de intervir na definição de uma língua argentina legítima (com projeções americanas) e nos debates que perpassam essa definição, com marcos como a fundação em 1923 do Instituto de Filologia da Universidade de Buenos Aires. Sustentamos que esta vontade de intervenção articula um programa hermenêutico (focado numa nova leitura do cânone nacional), um programa filológico (que apela à apropriação dos saberes dos estudos da linguagem para determinar uma língua legítima) e um programa político: a da construção de uma "Nova Argentina", baseada em um paradigma de hierarquia e controle, que supõe como componente substancial um ordenamento e disciplinamento das línguas.

Palavras-chave: Autoridade, Linguagem, Filologia, Estilo, Norma, Prescrição

* Doctor en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Docente de grado y de posgrado en las Universidad Nacionales de Buenos Aires y de Tres de Febrero. Investigador Independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas E: mail: diegobentivegna@gmail.com.

Un programa estético, un programa filológico, un programa político

En la Argentina de los años veinte, el escritor Leopoldo Lugones (1874-1938) ocupa un lugar prominente en el campo intelectual. Es un lugar cimentado en gran parte en la eficacia simbólica de algunas de sus intervenciones en la década pasada, como las célebres conferencias sobre el *Martín Fierro* en el Teatro Odeón de Buenos Aires en 1913 que confluyen en 1916 en la publicación del volumen *El payador*. Allí, Lugones postula una hermenéutica (leer el poema de Lugones con los instrumentos que le provee la crítica literaria decimonónica), un programa filológico (pensar el estatuto de la lengua en la Argentina en su especificidad a partir del carácter peculiar de la lengua literaria de los gauchescos) y un programa político (proponer, con el poema de Hernández, un fundamento simbólico para una Argentina potente y autónoma).

Este triple programa -estético, filológico y político- se desplegará durante todo el período inaugurado con la elección como presidente de Hipólito Yrigoyen en 1916 y el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930 que pone fin al segundo gobierno del caudillo radical e inaugura la serie de golpes militares que se extiende hasta 1983. Se entrelaza de manera inescindible con una visión de la realidad que, en Lugones, adquiere progresivamente ribetes más autoritarios.

En la década del veinte, recordemos, Lugones no sólo se consolida -como dijimos- en tanto figura prominente del campo intelectual argentino, sino que participa también de manera intensa en el debate público, con proyecciones no desdeñables en el ámbito latinoamericano, como lo demuestran, por ejemplo, las réplicas de sus publicaciones en la revista *Repertorio Americano* que Joaquín García Monge edita en Costa Rica o las referencias a Lugones que podemos encontrar en los textos de un autor que se coloca en principio en sus antípodas políticas, como José Carlos Mariátegui.

El poeta participa en el debate público, en principio, a través de sus numerosísimas notas periodísticas de opinión, dadas a conocer en su mayoría en las páginas del diario *La Nación*. Recordemos que *La Nación* (“tribuna de doctrina”, como rezaba su epígrafe), fundado por Bartolomé Mitre en 1870, era entonces el diario de orientación liberal y conservadora de mayor influencia en la Argentina (Sidicaro, 1993), y en él habían colaborado algunas de las figuras intelectuales más reconocidas del mundo de habla hispana, como José Martí, Rubén Darío o Miguel de Unamuno.

Lugones había empezado a colaborar en *La Nación* de manera sistemática en 1911, y lo hará hasta su muerte, en 1938. En esos años, su firma convive en las páginas de *La Nación* con las de Ricardo Rojas, José Ortega y Gasset, Eugenio d'Ors y las de los más jóvenes Alfonso Reyes, Amado Alonso, Jorge Luis Borges o Ezequiel Martínez Estrada. Es significativo que el manuscrito de la *Historia de Roca*, en la que Lugones estaba trabajando en el momento de su muerte, termine con el nombre del diario, escrito sólo por la mitad: “Pero nada tan concluyente como el saludo con que Mitre, dájelo ya, despidió a aquel en *La Na* [...]” (Lugones, 1980, p. 187).

En la mirada de Lugones, es sólo la opción autoritaria, enraizada en una tradición occidental que remite al orden jurídico y cultural latino, lo que permitiría contener el avance revolucionario asociado con la “destrucción”, la “barbarie” y el “despotismo oriental”. Es una visión de lo político que podemos pensar como “katekhónica”, una potencia asociada con lo político y con el Estado que contiene la acción de las fuerzas del mal (Esposito, 2005; Agamben, 2006; Cacciari, 2015). En sintonía con otras opciones autoritarias de la época, como las que elabora en Alemania el estudioso del derecho Carl Schmitt -que retomará en *El nomos de la tierra* la figura del katekhon como categoría teológico-política- o la que plantea en Italia el filósofo Giovanni Gentile, tal vez la máxima figura intelectual del fascismo, quien ve en ese movimiento la continuación y la culminación de la tradición liberal y nacionalista del Risorgimento y de la unidad italiana- Lugones hace derivar su opción autoritaria de la tradición emancipatoria y liberal del siglo XIX, con la Revolución de Mayo, Sarmiento y la presidencia de Julio Argentino Roca como puntos de articulación fundamentales.

Entre principios de la década del veinte y su muerte en 1938, Lugones publica en el diario *La Nación* una serie de artículos sobre la cuestión de la lengua, con una mirada que, en principio, privilegia el trabajo etimológico. En gran parte, se trata de textos que confluirán en la serie dedicada al *Diccionario etimológico del castellano usual*, que Lugones empieza a publicar en 1931 en las páginas de *El Monitor de la Educación Común*, órgano del Ministerio de Educación argentino y editado póstumamente por la Academia Argentina de Letras en 1944.

Es importante subrayar además la lógica misma de las publicaciones inscriptas en el formato genérico de la “nota” en las páginas dominicales de *La Nación* y su *desclausuramiento* (Angenot, 2010, p. 20) y sumergidas en consecuencia en la totalidad del discurso social (en los límites materiales, en este caso, del diario) en el que proliferan los enunciados que tematizan de una manera u otra la cuestión lingüística. Esta

proliferación -y esta dispersión- de los enunciados sobre las lenguas y su inmersión en dominios discursivos más amplios que involucran las esferas literaria, política y científica- aunque enmarcados en el formato que provee el diario, permite observar la construcción de sentido glotopolítico a partir del hecho de compartir un mismo campo discursivo (Maingueneau, 1984, p. 28) como el diario fundado por Mitre, con sus condiciones de aceptabilidad y la eficacia social que ello supone (Angenot, 2010, p.21) con otras posiciones de la época sobre la condición argentina y americana que involucran cuestiones relacionadas con las lenguas.

Hay que tener en cuenta como un dato determinante para comprender la formación de ese campo de reflexión filológico-lingüística que, cuando Lugones empieza a publicar de manera sistemática sus notas sobre lenguaje en *La Nación*, se produce un acontecimiento cardinal desde el punto de vista glotopolítico. Me refiero a la fundación del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, impulsado -como sabemos- por Ricardo Rojas, otro de los grandes intelectuales-profesores que llegan desde las provincias del interior a Buenos Aires a fines del siglo XIX y que se inscriben en un principio en el modernismo.

El Instituto es inaugurado el 3 de junio de 1923, con el patrocinio del Centro de Estudios Históricos de Madrid -dirigido por Ramón Menéndez Pidal- y es puesto bajo la dirección de uno de sus más notorios discípulos, Américo Castro (Bentivegna, 2011; Degiovanni y Toscano, 2010), que hará de un diario como *La Nación* uno de los principales medios de difusión de la nueva orientación.¹ Paralelamente, en el momento en que Lugones comienza su serie de intervenciones sobre el lenguaje se van materializando proyectos estéticos impulsados por “intelectuales profesores” (Bombini, 2004; Dalmaroni, 2006) que se involucran de manera explícita en la cuestión lingüística, como el programa cultural “euríndico” de Ricardo Rojas -un proyecto que se mostrará como no coincidente en todos sus puntos con el de los filólogos de formación pidaliana que el propio Rojas convoca para dar forma al Instituto- y las posiciones de una “vanguardia” vernácula, plasmadas en *Proa* y, más tarde, en *Martín Fierro*.

En esos mismos años, la figura de Lugones está en la apoteosis de su reconocimiento público. En 1924, a instancias de Carlos Obligado y con el aval de intelectuales de diferentes generaciones -algunos de ellos, enfrentados a la estética y a la política lugonianas- como Roberto J. Payró, Rojas, Enrique Larreta, Horacio Quiroga,

1 Para Menéndez Pidal y la construcción discursiva del hispanismo, cfr. José del Valle (2004).

Alfonsina Storni, Jorge Luis Borges, Rafael Arrieta, Ezequiel Martínez Estrada y Alberto Gerchunoff, es galardonado con el Premio Nacional de Literatura. Se le otorga el premio luego de su regreso de Europa, donde ha sido invitado especialmente por la Liga de las Naciones a su Asamblea General en la ciudad suiza de Ginebra, junto con intelectuales tan notorios como Henri Bergson o Albert Einstein. El filósofo francés tendrá palabras públicas de reconocimiento para el escritor argentino (Conil Paz, 1985, p. 307) y será éste quien reciba al científico alemán en su viaje a la Argentina al año siguiente, 1925.

Como es notorio, en esos mismos años los tiempos políticos lugonianos se aceleran y se radicalizan. En julio de 1923, cuando comienzan a aparecer en *La Nación* sus contribuciones sobre etimología, Lugones pronuncia en el Teatro Coliseo la serie de conferencias que se publican ese mismo año con el título de *Acción* y que propugnan un programa afín al de la *Action Française* de Maurras y a los *fasci* mussolinianos (Conil Paz, 1985, p. 299). El 9 de diciembre de 1924, el escritor pone en acto en Lima su intervención política más famosa y controvertida, en ocasión del centenario de la batalla de Ayacucho, en la que aboga por una espada que “implementará la jerarquía que la democracia ha malogrado”, derivada hacia la “demagogia o el socialismo”.² Se trata, como es sabido, de una de las legitimaciones más eficaces de la serie de golpes militares en la Argentina, inaugurada con el derrocamiento del segundo gobierno de Hipólito Yrigoyen en septiembre de 1930.

Lenguaje y control

Empecemos con una nota menor, casi una nota al pie. El diario *La Nación* publica el 3 de enero de 1929 un suelto con el título “Errata purista”, firmado por Leopoldo Lugones, por entonces -como dijimos- una de las firmas más frecuentes del diario.

En la nota de solo veintiséis líneas, que se pierde en la selva textual del periódico, Lugones se queja de los correctores del diario. En un poema que ha publicado días atrás -parte de la serie de los *Romances del Río Seco*, en los que por entonces trabaja- alguien, un corrector, ha cambiado la expresión “largadas ventajosas” por “largadas ventajeras”. La expresión que ha usado Lugones, que está intentando reconstruir su poética escuchando las variedades de su norte cordobés natal, es la primera, sustituida por “ventajosas por no figurar en el diccionario de la Real Academia”.

² El texto de la alocución fue incluido por Lugones en 1930, el mismo año del golpe de Estado contra Hipólito Yrigoyen, en *La patria fuerte*.

El texto es breve pero altamente significativo por lo que condensa. Encierra lo que pretendo desarrollar en este escrito. Cifra el programa glotopolítico del Lugones tardío, desde 1928 hasta su muerte, como un programa polémico contra contrincantes que aquí el poeta designa como el “purismo estéril” (el polo académico) y el “barbarismo gauchiparlante” (el polo plebeyo), “sendas negaciones del buen castellano que hablamos los argentinos”. Nombra, además, el lugar del escritor en relación con una política de las lenguas: “A despecho de lo que suele decirse, el idioma no es obra ni de las academias ni de la plebe -como una planta cultivada no lo es ni del botánico ni del gañán- sino de los buenos escritores, entre los cuales aspiro a contarme” (Lugones, 1929a, p. 4).

La tensión con el “purismo estéril” y con el “barbarismo” puebla la serie de intervenciones públicas en la que nos centraremos: la de artículos en torno al lenguaje que Lugones lleva adelante entre fines de la década y los primeros años de la década del treinta, en un comienzo desde las páginas de *La Nación*, y luego en las de *El monitor de la educación común*. Se trata, por un lado, de textos que retoman la serie de escritos etimológicos de 1923-1925, que hemos interrogado en otra oportunidad (Bentivegna, 2019).

En esta serie etimológica, el poeta repone “antecedentes” griegos y árabes a voces americanas usadas en su mayoría en las provincias del interior del país. Sin embargo, esas voces eran de evidente filiación indígena, como lo sostienen no solo la filología “patriótica”, como la califica críticamente Lugones, sino también filólogos de formación universitaria más jóvenes, como Pedro Henríquez Ureña, a quien nos referimos más adelante.

Ya desde el inicio de su actividad pública en la última década del siglo XIX, cuando hablaba de las “malas lenguas”, lo que define las intervenciones de Lugones sobre la lengua es la voluntad de depurar el objeto. Se partía de la idea de que la lengua es una entidad *controlable*: una entidad maleable, pasible de ser transformada en una herramienta útil³ para lograr la eficacia comunicativa. Es ese programa “utilitarista” el que sostiene las intervenciones de Lugones sobre el lenguaje, como puede leerse en un artículo del 30 de diciembre de 1928 en el que retoma la cuestión etimológica, titulado “Falsos americanismo”:

3 El utilitarismo, recuerda Foucault (2006, p.43) es la concepción que privilegian las políticas de seguridad modernas, según un autor que vamos a ir siguiendo en diferentes puntos de la exposición.

El tiempo transcurrido desde mi última publicación sobre material etimológico, fuérame a recordar que el título de estas líneas acredita una nueva contribución al estudio del idioma, con un fin preservativo de su corrección posible y útil para el mayor número de cuantos lo hablan, sin rigurosa exclusión de voces corrientes en España y en América, cuando su origen dudoso o no figura en el *Diccionario* (Lugones, 1929c, p. 13).

Ese valor de la “eficacia comunicativa”, asociado con los de la claridad y con la precisión, vuelve al comienzo del proyecto de *Diccionario etimológico*, que publica en 1931 en *El monitor de la educación común*: un proyecto desmesurado, como muchos de los más intensos proyectos lugonianos, en la que el intelectual letrado (Rama, 2004), el intelectual pedagogo como se concibe a sí mismo en esos años⁴ -cuando publica *La grande argentina*- desde un lugar “sobrelegitimado” en el campo literario y en el aparato de Estado, opera generando formas de reparación simbólica. “Biopoder y lenguaje”, operar en el plano eminentemente político⁵ de la condición de hablante del sujeto: es esa la confluencia que está en la base, y que por lo tanto resume el conjunto de sus intervenciones desde su etapa juvenil, pero que se potencia a partir de los procesos políticos y culturales de corte autoritario en los que participa con convicción a partir de la década del veinte.

A diferencia de la evidente preponderancia de los problemas etimológicos en los textos que Lugones publica al inicio de esta etapa (las notas sobre etimología griega y árabe, 1923-1925), las intervenciones que da a conocer en las páginas culturales de los domingos de *La Nación* en el perno que articula la década del veinte y la del treinta comienzan a poner el acento de manera mucho más potente en el registro y la impugnación de los usos que considera “cursis”, “vulgares” o “empobrecedores”.

Con el tiempo, se genera en el Lugones atento a las cuestiones del lenguaje un desplazamiento, si se quiere regresivo, que hay que leer en función de procesos más amplios. Por un lado, en relación con la aceleración de los tiempos políticos que conducen al golpe de septiembre de 1930, que hace que el escritor cordobés se encuentre cada vez más cerca de posiciones manifiestamente antidemocráticas. Es significativo que uno de los principales aspectos que tematizan los artículos sobre cuestiones lingüísticas que Lugones comienza a publicar en 1928 es el de las concepciones de lengua que enfatizan su condición de producto de la acción de los pueblos, en un proceso que el poeta calificará

4 Para el contexto en el que opera Lugones, cfr. Conil Paz (1985) y López (2004).

5 En lo que han insistido, desde perspectivas diferentes, autores como Jean-Claude Milner (2013); Paolo Virno (2003) o John Joseph (2017).

en uno de los últimos artículos de la serie - “La lengua que hablamos”- de 1935, como “demagógico”. Un segundo factor es el de la acción de las primeras vanguardias en el Río de la Plata que, a través sobre todo de la revista *Martín Fierro*, tomarán la obra de Lugones como uno de los objetos privilegiados de confrontación.

El ritmo es, para Lugones, la expresión de la armonía, que es lo que define la dimensión de lo estético y lo que permite distinguir la poesía de la no poesía. De esta manera, lo que Lugones nombra en esta etapa como “lenguaje cursi”,

cuadra perfectamente, como se ve, a lo que, por involuntaria ironía, ha dado en llamarse la “nueva sensibilidad” o “vanguardismo” (sic) literario. Coetáneo y no pocas veces feligrés del maximalismo, su odio a la riqueza individual lo ha llevado igualmente a la miseria colectiva. Cada época tiene la literatura que se merece. A la democracia extrema, tenía que corresponder la literatura extremista de la referencia (Lugones, 1929d, p. 2).

La acción de Lugones es reactiva: si, en general, los jóvenes vanguardistas, como Borges y Marechal, impugnan el uso de las formas métricas heredadas y de la rima, Lugones coloca la tradición rítmica en el centro de la definición misma de la poesía, lo que lo hace valorar experiencias poéticas que se mueven al margen de las vanguardias en diferentes lugares del país, como las de los porteños Baldomero Fernández Moreno o Conrado Nalé Roxlo, el cordobés Arturo Capdevilla, los santafecinos José Pedroni y Ezequiel Martínez Estrada o el catamarqueño Luis Franco.

Por otro lado, las intervenciones de Lugones se dan en el momento en que se funda la Academia Argentina de Letras, que asume como propio el proyecto de “acrecentar” y “cuidar” el “tesoro de la lengua”, “para que las formas vivientes de nuestra cultura sean la expresión de una ponderable disciplina”, como leemos en el acta fundacional de la institución (Academia, [1931], 2012, p. 64). En esos años, además, se consolidan los estudios lingüísticos académicos en la Argentina. Es decir, se consolida el proceso iniciado con la fundación del Instituto de Filología en 1923, con el impulso de las actividades de investigación sobre temáticas relacionadas con el estatuto del español americano, propiciadas -como hemos dicho- durante la gestión de Amado Alonso.

Para pensar su alcance político, no puede aislarse el conjunto de intervenciones de Lugones sobre el lenguaje en la prensa de los años veinte y treinta sin reponer que, en esa misma prensa, y a menudo en las mismas páginas culturales de *La Nación*, operan sobre el estatuto del español americano filólogos formados con Ramón Menéndez Pidal como

Américo Castro o Amado Alonso e intelectuales prestigiosos como Baldomero Sanín Cano o Ricardo Rojas.

Por ejemplo, el 19 de mayo de 1929 quien había sido el primer director del Instituto de Filología, Américo Castro, que ya no residía en la Argentina y había pasado por el sistema universitario norteamericano, publica una nota titulada “Nuestra lengua en América” que, incluso por la colocación misma de los deícticos en primera persona del plural en el título, se cruza con la nota de 1927 de Lugones. Castro dialoga con la propuesta de elaborar un “diccionario panhispánico” como “el mejor medio para afirmar la unidad y el prestigio futuro del idioma” (Castro, 1929). Para lograr ese fin, la lexicografía americana, sostiene Castro, debe seguir el ejemplo de los países de habla inglesa:

Tras el maravilloso diccionario de Webster, ante el cual se prosterna Vasconcelos, hay un Oxford y un Cambridge, mucho latín y griego, labores de perseverancia y silencio. Su fruto viene a ser, a la larga, los admirables volúmenes de Webster y Murray. Vasconcelos, difundiendo un espíritu muy difundido por Hispano América (más no en Estados Unidos), ironiza cuanto no leve implícito una eficacia de pim, pam, pum, o de “veni, vidi, vici”, más doctamente dicho. En las finas y pausadas luchas de la inteligencia, esa táctica no conduce nunca a la victoria” (Castro, 1929, p. 13).

La práctica filológica institucionalizada de esos años llevará a la publicación de volúmenes importantes con los que subrepticamente discute en estos años Lugones, como *La lengua del Martín Fierro*, de Eleuterio Tiscornia, de 1930, con quien ya había polemizado en 1925 en ocasión de la publicación de su edición del *Martín Fierro*. Lo cierto es que, a través sobre todo del trabajo sostenido sobre la gauchesca emprendido por Tiscornia y el trabajo sobre el español americano de Henríquez Ureña y Alonso, el Instituto de Filología realiza desde concepciones legitimadas por el saber universitario el proyecto filológico y lingüístico que el propio Lugones había planteado como programa propio de trabajo en *El payador*, en 1916. La apuesta de Lugones será, a partir de entonces, más ambiciosa y desmesurada. No presentará un trabajo acotado a la tradición literaria y lingüística gauchesca, sino una gran operación -que había comenzado a poner en marcha en el libro de 1916- sobre el estatuto mismo del español americano, a través de dos herramientas glotopolíticas: la etimología y la prescripción de los usos.

De la etimología a la gubernamentalidad

La lógica que predomina en la primera etapa de las intervenciones sobre lenguaje de Lugones, la etapa que involucra fundamentalmente los primeros escritos sobre etimologías griegas y arábicas, está atravesada por un proceso de *documentalidad* (Ferraris, 2007) a través del registro escrito y, en consecuencia, se obtiene la *reescritura* del léxico, en muchos casos por primera vez, como objeto social. En esa etapa prima la lógica de lo que Foucault (2004, p. 66-67) llama “dispositivos de seguridad”. Dispositivos como el etimológico son centrífugos; en ellos se integran nuevos elementos, que no quedan reducido al ámbito lingüístico y geográfico del castellano, sino que se extienden, sobre todo a través de la filiación árabe en la que Lugones insiste, a culturas africanas y asiáticas, desde la beréber a la persa y, más allá, la védica

Esa lógica del *registro* (y, en consecuencia, de la producción del léxico americano como objeto social) sigue operando en el caso de los escritos etimológicos en los que todavía insiste en sus artículos de 1928 a 1930. Así, entre 1928 y 1929 Lugones publica -siempre en *La Nación*- dos artículos, ambos titulados “Falsos americanismos”, al primero de los cuales ya nos hemos referido. Presentados como “una nueva contribución al estudio del idioma, con un fin preservativo de su corrección posible y útil para el mayor número de cuantos lo hablan”, en ellos Lugones retoma el proyecto inmunitario que comenzó a desplazar en 1923, en las primeras entregas, sobre antedecencias griegas. El título, luego del trabajo realizado con la primera serie de notas, tematiza no el proceso de atribución de posibles orígenes prestigiosos a las voces en uso en América que va seleccionando, sino al efecto político del trabajo etimológico de Lugones: quedaría “desenmascarada”, “evidenciada”, destituida por una reposición de orígenes arios o semitas, la falsa condición de “americanismo” con la que en muchos casos los instrumentos lingüísticos anteriores, desde el Diccionario académico hasta los vocabularios de Granada, Lenz, Garzón o Segovia, se categorizaba una parte considerable de las voces en uso en la Argentina.

Los trabajos de Lugones en torno a los orígenes se plasmarán en los años siguientes en un proyecto monumental, condenado por sus propias dimensiones al fracaso -el poeta no pudo pasar de las entradas de la letra A- y que dejará inconcluso como el *Diccionario etimológico del castellano usual*, Lugones despliega un saber, sustentado en un recorte muy peculiar de los trabajos filológicos referidos al castellano, a las lenguas americanas, al árabe, al hebreo y al griego. La tensión es explícita con los lexicógrafos que Lugones llama “patrioter” o “indianistas”, pero es implícita con respecto a otras dos formaciones discursivas e ideológicas que operan en el campo lingüístico de los años

veinte: el discurso “euríndico” de Ricardo Rojas (y en esa tensión nos hemos detenido en trabajos anteriores, por lo que no la consideramos aquí) y las intervenciones contemporáneas que vienen del ámbito de los estudios filológicos inscriptas en un paradigma de conocimiento académico universitario.⁶

El compromiso político de Lugones con expresiones inspiradas en el autoritarismo fascista se corresponde con el paso en el título de la “aséptica” atribución de los orígenes (las “antecedencias” y las “procedencias” de los títulos de la primera serie) a una posición que opera básicamente con la disciplina como discurso que funciona según un código que distribuye los fenómenos de lenguaje entre lo permitido y lo no permitido, lo que se adecua a la norma o lo que la infringe. De este modo, Lugones plantea en esta etapa un modelo lingüístico letrado y alto, el modelo de la literatura legítima y la práctica del escritor consciente y responsable (“una buena disciplina es la que nos dice en todo momento lo que tenemos que hacer”, (Foucault, 2004, p.68), como horizonte, sobre la que pone en funcionamiento políticas de control prescriptivo (Del Valle, 2017), que involucran como un aspecto sustancial el ejercicio de una “higiene” sobre el lenguaje. Para Foucault (2006), las formas de *gubernamentalidad* implican una relación específica con la cuestión de la norma. Ya no se trata tanto de postular una norma que opera como una forma previa a los acontecimientos -algo más bien propio de lo que denomina “normación”- sino de pensar las acciones sobre el lenguaje en términos de formas que buscan orientar esas mismas prácticas de acuerdo con su lógica específica. Ya no

6 Reconocible, por ejemplo, en el trabajo de Pedro Henríquez Ureña, que, formado en el Centro de Estudios Históricos de Madrid con Ramón Menéndez Pidal, publica en 1921 sus “Observaciones sobre el español de América” (*Revista de Filología Española*). En Buenos Aires, donde reside a partir de 1924, Henríquez Ureña participa del programa del *Diccionario de indigenismos americanos circulantes en el español*, un proyecto del Instituto de Filología impulsado por Amado Alonso que no llega a realizarse pero que contrasta evidentemente con el proyecto lexicográfico inmunitario lugoniano. De este proyecto, sin embargo, subsisten materiales como los que Henríquez Ureña dedica a la etimología e historia de los términos papa y batata, de 1938, el aje el bonito, la voz caribe y la serie de palabras antillanas. Asimismo, Henríquez Ureña intervenía en la prensa periodística de Buenos Aires con artículos que, aun sin nombrarlo, es evidente que relativizan las afirmaciones de Lugones con respecto al lugar de las lenguas americanas en el español americano. Henríquez Ureña no se refería en ellos, en general, al castellano de la Argentina, pero sí al de las Antillas, México y el istmo de América Central. En sus artículos de fines de los años treinta el crítico y filólogo dominicano señalaba, sin aludir a Lugones de manera directa pero sin duda conociendo sus intervenciones, que muchas de las voces que habían sido tocadas e “inmunizadas” por el furor etimológico del poeta cordobés, eran de evidente origen taino o náhuatl. Leemos así en un artículo de Henríquez Ureña de 1937, -cuando Lugones está dando a conocer las entradas etimológicas en *El monitor*- publicado precisamente en las páginas culturales del diario *La Nación*, que “[l]a conquista española realizó una superposición cultural: mutiló, pero no suprimió las culturas indígenas. Eso, que se hace visible en la arquitectura y en la cerámica, y en los tejidos populares, se refleja en el lenguaje. Desde el siglo XVI, la ciudad de México ha difundido, a través del español, la influencia náhuatl” (Henríquez Ureña, 1977. p. 255). Para el lugar del dominicano en la proyección de una filología americana, cfr. Link (2015). Volveremos a Henríquez Ureña al final de este trabajo.

involucra tanto el espacio de la norma consolidada, sino más bien el de la norma que se proyecta a partir del acontecimiento mismo.

Lugones debe distinguir su posición de la del “vulgo”, que define, según “el diccionario” -como parte de un rescate que Lugones en esos años está haciendo de la lexicografía de la Real Academia Española-, como “conjunto de las personas que en cada materia no conocen más que la parte superficial”. Ese “vulgo”, que puede inferirse que está formado por los sectores medios que acceden al sistema educativo, la lectura de diarios y de libros populares de la época (Sarlo, 2000), es el detentor de formas cursis (es decir pobres) de lenguaje, que buscan pasar por letradas y refinadas sin por supuesto serlo:

El lenguaje cursi es, en efecto, un revoque ostentoso de la grosería: lo contrario de la elegancia, que viene a ser la estética de la discreción. La gracia de la expresión, como la del porte, son manifestaciones de nobleza. El vulgo sabe adornarse pero no vestirse, y aplica el mismo método a su lenguaje. Formado de retazos vistosos, que pueden ser finos también, fáltale la condición de la elegancia, que es la unidad estética. Discreción, nobleza y gracia son otros tantos aspectos de un estado espiritual superior: aquella síntesis que denominamos cultura. Inútil decir que no me refiero a la plebe sino al “vulgo profano” de quien Horacio abominaba, siendo plebeyo él mismo: la gente cursi que come lenguas de ruiseñor porque son caras, sacrificando al costoso desabor la delicia del canto libre (Lugones, 1929d, p. 2).

De este manera, se produce un desplazamiento de los escritos etimológicos, que da cuenta desde una perspectiva inmunitaria de un fluir léxico que es sin embargo, al menos desde un punto de vista teórico, no controlable, hacia textos que operan desde lo prescriptivo. Por un lado, el sujeto glotopolítico que construyen cambia de estatuto: no es ya la “gente de la lengua”, construida como una realidad *inmunizada* (Esposito, 2004) sometida a profilaxis a partir de la “exclusión incluyente” del componente indígena americano. Más bien se opera sobre el habla efectiva, sobre el lenguaje en uso, de los sujetos, que en estas incursiones disciplinarias ya no son categorizados como “gente de habla” -una forma “natural” de concebir la “población” de acuerdo con la lógica de la seguridad y la relación que establece la filología. Para Foucault, el paso de las gramáticas generales a la filología histórica implica un privilegio de la población en tanto categoría política, como en el caso de las intervenciones etimológicas- sino, con un concepto que debemos leer en el marco de una construcción biopolítica, como “vulgo” y como “plebe”. Para ella, en efecto, “el problema consistió en saber de qué manera la población, como sujeto colectivo y de acuerdo con regularidades, por demás, no propias de ella sino de su lengua, podía transformar en el curso de la historia la lengua que hablaba”, (Foucault, 2006, p. 107). Opera sobre la condición misma de hablantes de los sujetos: sobre aquello

que los hablantes dicen y escriben, un discurso que debe ser controlado con herramientas legítimas, provistas por la filología, pero también, y en este caso con mayor fuerza, con la tradición de las retóricas y de las artes de hablar (Arnoux, 2008).

Si en los escritos de etimología es posible identificar una “normalización” (Foucault, 2004, p. 84) en la que la norma surge de un “juego dentro de las normalidades diferenciales” -una normalización que no adopta la forma de la prohibición, que pasa por las conexiones entre distintos estados documentados históricamente del español americano y por sus conexiones directas con lenguas de prestigio como el árabe clásico o el griego antiguo, con el latín vulgar o con los documentos medievales en castellano, catalán, provenzal o toscano- ahora lo que prima es algo que es más bien del orden de la “normación”. En efecto, a diferencia de cuanto sucede en el ámbito de las *disciplinas*, los ejemplos sobre los que opera Lugones no implican tanto una adecuación a una norma previa, sino más bien un trabajo de producción normativa cuyo fin es el mismo del de las intervenciones etimológicas: lograr una comunicación eficaz y precisa.

Se habla cada vez más por aproximación, es decir, tergiversando. Y como el lenguaje inexacto es esencialmente embustero, su influencia está a la vista. Los elementos espirituales reaccionan entre sí, lo mismo que los orgánicos. Así el lenguaje contribuye directamente a la formación de la conciencia. Basta advertir la predilección de la política por dicho instrumento falseado. El “verbo de la democracia” es entre nosotros una colección de metáforas que, a semejanza de los gigantes de feria, entrañan la liviandad y el vacío. Es lo que al pueblo le gusta, pero el gusto depravado llámase corrupción. Inútil decir que no me propongo moralizar al Soberano. Nuestras respectivas aficiones en materia verbal, definen una insalvable predisposición a no entenderse (Lugones, 1929f, p. 14).

El pasaje es significativo en varios aspectos. En principio, lo es en tanto forma parte de un artículo que Lugones copiará de manera íntegra en el texto inicial del *Diccionario etimológico*. No se trata, pues, de una intervención circunstancial. Por el contrario “arma sistema” con otras afirmaciones que confluirán en el proyecto del *Diccionario etimológico*. Es significativo, además, por el desplazamiento que, en un mismo párrafo, va de una reflexión general acerca de la inexactitud y sus problemas, al *exemplum* concreto sobre el que Lugones busca intervenir, dejar en evidencia, poner al bando y, en última instancia, impugnar: el de los discursos de la vida política democrática. Las intervenciones sobre el lenguaje no aparecen desligadas en Lugones de sus intervenciones políticas, sino que forman parte de un único proyecto crítico de la democracia, disciplinario y gubernamental.

La zona que Lugones va a privilegiar en sus intervenciones normativas es, claramente, la del léxico. La lengua parece ser, básicamente, un conjunto de términos, y operar sobre ella es sobre todo operar desde la lexicografía. Aquí radica uno de los puntos que distancia la intervención disciplinadora de Lugones de otras intervenciones contemporáneas, como las de Jorge Luis Borges en *El idioma de los argentinos* -del mismo año 1928 en el que Lugones retoma sus intervenciones sobre la lengua en *La nación*-, para quien la búsqueda de una expresión argentina (más bien, en rigor, porteña) propia es, básicamente, la exploración de una voz y el hallazgo de un tono, filiado en los usos de los criollos cultos del siglo XIX.

En un artículo tardío que cierra la serie de intervenciones sobre lenguaje en *La Nación* y al que ya nos referimos, “La lengua que hablamos”, de 1935, Lugones se detiene en usos inexactos o imprecisos, que recoge en general del habla de los sectores medios, que marca y que “pone al bando” (Agamben, 1997), como el de “exilio” en lugar de “destierro”; “genuflexos” en lugar de “serviles”, “expontáneo” en lugar de “espontáneo” , producto, dice Lugones, del “entusiasmo por la consonante en cuestión justamente impopular y rebelde a la índole castellana”. Es decir, en un fenómeno típico de hipercorrección. Los derivados en -ad y en -ismo ocupan un lugar destacado en la máquina correctora lugoniana. Asimismo, Lugones manifiesta reservas con respecto a usos técnicos más o menos precisos, en áreas como el de las disciplinas sociales o antropológicas que pueden poner en cuestión el lugar de los intelectuales profesores relacionados con una idea que se está superando de letrado, como sucede con la voz “acervo”.

Merece párrafo aparte por su difusión y su prestigio de equívoco ortográfico otro latinismo inexacto y cursi: acervo, que significa únicamente “montón de cosas menudas como trigo, cebada, etc.”, dice el léxico, siendo en sus otras dos acepciones, término forense que designa un haber indiviso, y denominación eclesiástica de los diezmos. Este es el “acervo pío” y no hay otro. Cuando se aplica, pues, dicha voz al conjunto de tradiciones o sucesos, escribiendo acervo histórico, nacional o patrio, se incurre en lo que sabemos. El verdadero y mejor “acervo nacional” es, al fin de cuentas, la parva (Lugones, 1927, p. 9).

En otros casos, Lugones señala el campo discursivo del que extrae las expresiones “puestas al bando”:

Todo esto recogido en piezas literarias y documentos públicos muchas veces de autoridad docente; no pocas, también, procedentes de España donde hay fábrica y surtido hasta con marchamo académico, que los inocentes de aquí

toman para su consumo a fe de legítimo. Por aquello de que la cuña que, para buena, ha de ser del mismo... Madrid, como diría un gracioso de esos (Lugones, 1927, p. 9).

Aquello que ahora privilegia Lugones es sobre todo los dispositivos que operan sobre la base de la distinción entre lo correcto y lo incorrecto, lo que se adecua un modelo, construye un “modo óptimo” en función de determinado resultado, un trabajo de *normación*, (Foucault, 2006, p. 75) que intenta “destacar el carácter primario y fundamental de la norma”: que busca ajustar a partir de modelos de discursividad las prácticas lingüísticas y que terminan contribuyendo a dar forma a una lengua legítima determinada, que Lugones piensa como relativamente autónoma con respecto al castellano de España.

Las intervenciones prescriptivas sobre la lengua en uso, sobre las prácticas discursivas se sostienen una concepción de gramática como arte de la armonía. Es esta concepción de gramática lo que conecta sin mediaciones la necesidad de intervenir sobre las prácticas y la intervención política.

En su proyecto, la etimología sirve para reconducir el habla criolla campesina al ámbito de las lenguas semíticas e indoeuropeas que Ernest Renan, a quien, que el escritor leía con frecuencia, ubicaba en el lugar de las lenguas civilizadas frente a las lenguas bárbaras de América (Esposito, 2009). La intervención sobre los enunciados señalados como desviados implica para Lugones una lucha contra la “anomalías estéticas”, asociadas con las diferentes formas de la vanguardia, y con la anomalía política que implica la irrupción democrática de nuevos sujetos sociales y políticos. A esos nuevos sujetos, Lugones no los llama ni “pueblo” ni “proletariado”, ni “ciudadanos” ni “trabajadores”, sino, más expeditivamente, con una terminología que designa tanto a la masa democrática como a la masa hablante, “plebe” o “vulgo”.

Es algo que aparece con fuerza, por ejemplo, en el artículo “La miseria estética”, del 14 de octubre de 1928:

El arte es lujo. Hasta en el salvaje que pule su guijarro de adorno, lleva ínsito el desinterés de la belleza, a cuya consecución se subordina todo móvil utilitario. Espiritual y materialmente hablando, el arte es una expresión de riqueza. Y por último, el arte es individualismo, mientras la plebe es colectivismo: gloria, mientras la plebe es obscuridad; cultura suprema, mientras la plebe es barbarie. No existe ni han existido jamás arte de la plebe ni arte plebeyo [...] La suposición sentimental que atribuye a la plebe capacidad artística, es tan falaz como la que le reconoce aptitud política: paradoja consuetudinaria del pesimismo anárquico (Lugones, 1928c, p. 24).

En un artículo de este mismo período, de 1929, “La anarquía estética”, Lugones registra una de las zonas que motivan su irrupción disciplinadora. Si la reacción “latina” con la que el propio Lugones categoriza su reflexión etimológica era claramente una intervención como contraparte a lo que llamaba “patriotismo” lingüístico y filológico, que desde su punta exageraba el lugar de la voces de filiación indígena en la conformación de las variedades de español americano, la intervención prescriptiva que pondrá en marca a fines de la década del veinte en un ciclo que se extiende hasta su muerte, en 1938, puede ser leída como una respuesta a diferentes formas de apropiación de la lengua por los hablantes que no pertenecen a la elite o con prácticas que, aun ejecutadas por jóvenes de la elite, cuestionan de manera más o menos abierta algún aspecto del código, como sucede con los miembros de las vanguardias:

Al revés de lo que parece, la creciente abundancia de libros publicados en el país resulta una manifestación de incultura. Decenas de autores, llamémosle así, desprovistos no sólo de mediana instrucción para escribir una carta, aparecen sin cesar en prosa y de preferencia en verso, aun cuando esta última forma literaria sea la más delicada y exigente de la gaya ciencia por definición [...] El idioma, como la matemática, es un sistema racional de expresión. No se puede adquirirla sin estudiarlos, y cuanto mejor se los aprenda, más fácil y eficaz será la tarea de quien los use para comunicar, ellos mediante, ideas o emociones, según el caso (Lugones, 1929e, p. 3).

Para Lugones, la gramática es análoga a la matemática, como “organizaciones lógicas de los elementos primordiales de la expresión”. Del mismo modo, en otros textos de la serie, la lengua es concebida básicamente como un objeto estético, en la línea de las posiciones que había sostenido en *El payador* y como lo sostendrá en los años veinte y treinta el idealismo de Benedetto Croce y los teóricos de lengua alemana que Alonso contribuye a difundir desde el Instituto de Filología. De 1932 es la primera entrega de la colección de estudios estilísticos, un volumen que incluye textos de Leo Spitzer, Karl Vossler y Charles Bally, entre otros. Sin embargo, el esteticismo lugoniano asume tonos abiertamente autoritarios. El poeta no es el que funda, como en las lecturas estético-políticas, el nacional-esteticismo que Lacoue-Labarthe (1991) desentraña en el Heidegger de esos mismos años treinta, sino el que “ejecuta” y determina.

Los organizadores del idioma, que son los escritores, ciertamente asumen con ello una categoría superior, y por de contado la consiguiente responsabilidad que su conciencia debe imponerles y que la sociedad puede exigirles, toda vez que el mal escritor resulta una calamidad pública. Y si bien se ve, mucho más ante la moral que ante la estética (Lugones, 1927, p. 9).

El artista es el “ejecutor en belleza de los mandatos de Dios”.⁷ Desde esta concepción totalizante, en la que lo adecuado desde lo discursivo equivale a lo armónico y a lo verdadero sin fisuras, Lugones politiza el conjunto del campo, y politiza sobre todo en este momento las posiciones esgrimidas desde el Instituto de Filología, al que no nombra de manera explícita pero al que, sin embargo, alude, sobre todo en el tardío “La lengua que hablamos”.

La demagogia, que bajo el nombre de democracia engendró el racionalismo al degenerar fatalmente en el naturalismo materialista de Rousseau, supuso la capacidad espontánea del pueblo para formar el idioma hasta engendrarlo de otro modificado por instinto, conforme habría pasado con los cinco romances derivados del latín, según conocida tesis de la filología liberal. El salvaje primitivo, y mejor aún -o peor- el hombre mono de la fantasía darwiniana, creador instintivo del lenguaje, debía lógicamente continuar en el ejercicio de esta función, y nada más sencillo al parecer (Lugones, 1927, p. 9).

Vitalismo, terror, precariedad

En un artículo publicado en 1930 por Henríquez Ureña en la revista *Humanidades* de La Plata, se marca el espacio de la gramática científica como un lugar diferente al de una concepción anticuada de la gramática como “conjunto de reglas sobre el uso correcta de los idiomas”: un arte útil, una técnica, asociada con lo normativo. Para Lugones, en cambio, la gramática se inscribe en el campo de las disciplinas fundamentales del espíritu, junto con las matemáticas y con la estética. Así, en el mismo artículo Henríquez Ureña hace un mapeo de la situación lingüística argentina, en el que reconoce la supervivencia, aun en “corto número”, de hablantes de “los indios con sus lenguas, pertenecientes a familias varias: la tupí-guaraní, guaicurú, matabo-mataguaya, vilela-chulupí, la ze (los kainganes), la quichua, la araucana, la puelche, la chon (tehuelches y onas), hasta la arahuca (chanés)” (Henríquez Ureña, 1930, p. 116). Además de reconocer las diferencias regionales del castellano argentino, se detiene en la situación lingüística de la ciudad de Buenos Aires como una situación estratificada, “hasta llegar a los barrios bilingües, donde el español se contamina de napolitano o de yiddish, y el barrio de la Boca, centro de irradiación de la jerga lunfarda, cuya influencia se extiende a toda el habla vulgar y se infiltra, en cuentagotas, hasta el habla culta” (Henríquez Ureña, 1930, p. 117).

7 “O si se quiere, pues en lo mismo redundo, de la norma de proporción que moralmente es equidad, intelectualmente verdad y estéticamente armonía”.

En definitiva, la intervención de Lugones genera un efecto de politización del campo. Sin mediaciones, como sucede en el discurso que se opone al discurso filológico esgrimido por el Instituto desde posiciones de un nacionalismo popular como las de Vicente Rossi o Luis Pinto, pero, es claro, con un cariz ideológico absolutamente contrapuesto a ellas, hay una “filología liberal”, que privilegia la acción inconsciente e inmanente del “vulgo” por sobre la acción programada y consciente sobre la lengua, que para Lugones es prerrogativa de una aristocracia del espíritu. Lo que permanece es, en definitiva, una concepción de la lengua como organismo, que opera ella misma de acuerdo con criterios de apropiación de lo otro, que aparece finalmente inmunizado.

ningún idioma se construye o enriquece por transfiguración en boca de safo, ni menos de celestina o de ladrón como el dialecto del tango. Lleva el idioma su moral en su estética que es un sistema de cultura superior; con lo cual el origen salvaje y la evolución vulgar que se le atribuyen son paradojas tan absurdas como la congénere del sufragio universal para constituir gobierno” (Lugones, 1927, p. 9).

Esas equivalencias sostienen, en última instancia, un proyecto inmunológico, y en este aspecto claramente inserto en una concepción biopolítica. En efecto, el escritor se adecua a los rasgos mismos del idioma, que “como todos los organismos, posee una fuerza expulsora de los cuerpos extraños que alteran o estorban su funcionamiento normal, y así se defiende” (Lugones, 1927, p. 9).

Henríquez Ureña, que en los mismos años en que Lugones publica sus contribuciones etimológicas en *El monitor* trabajará en el *Diccionario de indigenismos americanos circulantes en español* proyectado por el Instituto, que nunca será realizado, lo había observado en su escrito de 1930. “Hablar bien” es, para el dominicano, “equilibrio inestable”. Es “actividad sujeta a variaciones” (1930, p. 118). De este modo, Henríquez Ureña señala rumbos posibles para la investigación sobre las lenguas y los estilos en América latina desde una perspectiva abierta a la percepción de la alteridad y de las diferencias. Una línea, por cierto, diferente de la que estaba enfatizando en ese mismo año la glotopolítica lugoniana, que sintetiza en la presentación del *Diccionario etimológico*, en el cruce de gubernamentalidad etimológica y de disciplinamiento prescriptivo: “Todos estamos conformes en que el idioma vivo es el que se habla; pero la vitalidad robusta y hermosa requiere esta condición: que se hable bien. La vida precaria del caló indica, en efecto, que se trata de un aborto” (Lugones, 1944, p. 17).

Es en ese espacio entre las variaciones sujetas a la actividad vital que enfatiza Henríquez Ureña y las “vidas precarias”, las vidas infames tocadas por el poder de una lengua hegemónica que percibe Lugones, donde se juega la política de las vidas y de las lenguas que atraviesa el siglo autoritario y conflictivo, marcado por la “pasión de lo real” (Badiou, 2005) en la que se entrecruzan proyecto de construcción de lo político y terror, un siglo que en la Argentina se inaugura en parte con las intervenciones lugonianas, entre decadentismo, modernismo, extremismo de izquierda, fascismo y nacionalismo. Entre etimología, esteticismo político y prescripción.

Referencias

ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS. Acta de constitución, en Gluzman, Mara, y Daniela Lauria, **Voces y ecos**. Una antología de los debates sobre la lengua nacional (Argentina. 1900-2000). Buenos Aires: Cabiria, 2012.

ALONSO, Amado. **Problemas de dialectología hispanoamericana**. Buenos Aires: Instituto de Filología, 1930.

AGAMBEN, Giorgio. **Il potere sovrano e la nuda vita**. Homo sacer I. Turín: Einaudi, 1994.

AGAMBEN, Giorgio **El tiempo que resta**. Comentario a la Carta a los romanos. Madrid, Trotta, 2006

ANGENOT, Marc, **Interdiscursividades**. De hegemonías y disidencias. Córdoba: Editorial Universidad Nacional de Córdoba, 2010.

ARNOUX, Elvira. La Glotopolítica: transformaciones de un campo disciplinario. En AA.VV, **Lenguajes, teorías y prácticas**, Buenos Aires, Instituto Superior del Profesorado, 2000.

ARNOUX, Elvira. **Los discursos sobre la nación** y el lenguaje en la formación del Estado (Chile, 1842-1862). Estudio glotopolítico. Buenos Aires: Santiago Arcos, 2008.

BADIOU, Alain. **El siglo**. Buenos Aires, Manantial, 2005.

BARCIA, Pedro Luis. Lugones y la lengua castellana en **Leopoldo Lugones, La lengua que hablamos**, comp. de P. L. Barcia. Buenos Aires: Docencia, 2019.

BOMBINI, Gustavo. **Los arrabales de la literatura**. La historia de la enseñanza literaria en la escuela secundaria. Buenos Aires: Miño y Dávila, 2004.

BENTIVEGNA, Diego. **El poder de la letra. Literatura y domesticación en la Argentina**. La Plata: Unipe, 2011.

- BENTIVEGNA, Diego. Leopoldo Lugones: etimología y poder. Antecedencias y precedencias en *La Nación* (1923-1925). En **Olivar**, 19 (29), 2019.
- CACCIARI, Massimo. **El poder que frena**. Buenos Aires: Amorrortu, 2015.
- CASTRO, Américo. Nuestra lengua en América. En *La Nación*: 19 de mayo, 1929.
- CONIL PAZ, Alberto. **Leopoldo Lugones**. Buenos Aires, Huemul, 1985.
- DALMARONI, Miguel. **Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado**. Rosario: Beatriz Viterbo, 2006.
- DEGIOVANNI, Fernando y Guillermo Toscano y García. Las alarmas del doctor Américo Castro”. Institucionalización filológica y autoridad disciplinaria, **Variaciones Borges**, 30: 1-40, 2010.
- DEL VALLE, José. La perspectiva glotopolítica y la normatividad, en **Anuario de Glotopolítica**, # 1, 2017.
- ESPOSITO, Roberto. **Immunitas. Protección y negación de la vida**. Buenos Aires: Amorrortu, 2005.
- ESPOSITO, Roberto. **Tercera persona. Política de la vida y filosofía de lo impersonal**. Buenos Aires: Amorrortu, 2009.
- FOUCAULT, Michel (2006). **Seguridad, territorio, población**. Curso del Collège de France, 1977-1978. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- JOSEPH, John. De cómo la vida política impregna el lenguaje (y viceversa). Visión panorámica, en **Anuario de Glotopolítica**, # 1, 2017.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. El lenguaje, **Humanidades**, La Plata, Tomo XXI, 1930.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. **Observaciones sobre el español en América y otros estudios filológicos**. Ed. de Juan Carlos Ghiano. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 1997.
- LACOUÉ-LABARTHE, Philippe. **La finzione del político**. Heidegger, l'arte, la política. Génova, Il melangolo, 1991.
- LINK, Daniel. **Suturas. Imágenes, escritura, vida**. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2015.
- LÓPEZ, María Pía. **Lugones: entre la aventura y la cruzada**. Buenos Aires: Colihue, 2004.
- LUGONES, Leopoldo. La lengua que hablamos, **La Nación**, Buenos Aires, 28 de agosto de 1927, 1927.

LUGONES, Leopoldo. Estética nihilista. Carta abierta a Julio Noé. **La Nación**, Buenos Aires, 18 de marzo, 1928a.

LUGONES, Leopoldo. Contribución etimológica. **La Nación**, 29 de julio, 1928b.

LUGONES, Leopoldo. La miseria estética. **La Nación**, Buenos Aires, 14 de octubre, 1928c.

LUGONES, Leopoldo. Materiales etimológicos. **La Nación**, Buenos Aires, 28 de octubre, 1928d.

LUGONES, Leopoldo. Falsos americanismos. **La Nación**, Buenos Aires, 30 de diciembre., 1928e.

LUGONES, Leopoldo. Errata purista. **La Nación**, Buenos Aires, 3 de enero, 1929a.

LUGONES, Leopoldo. *Falsos americanismos*. **La Nación**, Buenos Aires, 27 de enero, 1929b.

LUGONES, Leopoldo. Falsos americanismos. **La Nación**, Buenos Aires, 16 de junio, 1929c.

LUGONES, Leopoldo. *El lenguaje pobre*. **La Nación**, 22 de julio de 1929. 1929d.

LUGONES, Leopoldo. *La anarquía estética*. **La Nación**, Buenos Aires, 5 de septiembre, 1929e.

LUGONES, Leopoldo. *El lenguaje cursi*. **La Nación**, 24 de noviembre, 1929f.

LUGONES, Leopoldo. **La Patria Fuerte**. Buenos Aires, Círculo Militar, 1930.

LUGONES, Leopoldo. *La lengua que hablamos*. **La Nación**: 22 de septiembre, 1935.

LUGONES, Leopoldo. **Diccionario etimológico del castellano usual**. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1944.

LUGONES, Leopoldo. **Historia de Roca**. Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1980.

MAINGUENEAU, Dominique. **Genèses du discours**. Bruselas: Pierre Mardaga, 1984.

MILNER, Jean-Claude. **Por una política de los seres hablantes**: breve tratado político II. Olivos, Gramma, 2013.

OLANDER, Maurice. **Las lenguas del paraíso. Arios y semitas, una pareja providencial**. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009.

RAMA, Ángel. **La ciudad letrada**. Santiago de Chile, Tajarar, 2004.

SARLO, Beatriz. **El imperio de los sentimientos**. Buenos Aires, Norma, 2000.

SIDICARO, Ricardo. **La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación, 1909-1989**. Buenos Aires, Sudamericana, 1993.

TISCORNIA, Eleuterio F. **La lengua de “Martín Fierro”**. Buenos Aires, Instituto de Filología, 1930.

VIRNO, Paolo. **Quando il verbo si fa carne. Linguaggio e natura umana**. Turín, Bollati Boringhieri, 2003.

Recebido em: 21/04/2023

Aprovado para publicação em: 09/06/2023